



Misa funeral por las víctimas del terrorismo

San Nicolás, 20-VII-2017

Nuestra asamblea eucarística, hoy, está profundamente marcada por el pesar que sentimos por las víctimas del cruel atentado terrorista que ha sembrado la muerte y el dolor en la Ramblas de Barcelona y en la ciudad de Cambrils.

En estos días marcados por el estupor ante actos tan inhumanos y por la tristeza ante los muertos, los heridos y tantas familias trágicamente rotas, destrozadas, queremos en esta celebración ofrecer sufragios por los fallecidos, y hacer llegar nuestro apoyo y cercanía por medio de nuestra oración a los numerosos heridos, a sus familias y a toda nuestra sociedad tan drásticamente golpeada. Nos unimos al Santo Padre, el Papa Francisco, que en su mensaje dirigido por medio de su Secretario de Estado al Arzobispo de Barcelona, “condena una vez más la violencia ciega, que es una ofensa gravísima al Creador, y eleva su oración al Altísimo para que nos ayude a seguir trabajando con determinación por la paz y la concordia del mundo”.

Unimos a nuestra plegaria, pues, nuestra enérgica más condena de estos actos, que sólo pueden conducir a una escalada homicida y violenta, completamente incompatibles con la defensa de la vida humana y sus derechos fundamentales. No hay nada que pueda justificar estas acciones tan execrables, y mucho menos pretender “matar en nombre de Dios”, auténtica “blasfemia”, como ya las calificó en su día el Santo Padre.

Encomendemos a quienes promueven, pagan y sostienen esta violencia, a quienes la aprueban o justifican, a los mismos autores de estos crímenes execrables, pidiendo al Señor que les toque el corazón y la mente para que descubran y se convenzan que ningún fin político o religioso justifica el asesinato de un semejante, de víctimas inocentes, y menos aún por Dios, autor y amigo de la vida.

En una sociedad como la nuestra que ha sobrevivido a otros tiempos cercanos de oscuridad terroristas, bien sabemos que las declaraciones y palabras de condena no son inmunes al desgaste, pero también la experiencia nos ha dicho y nos dice de la importancia de la entereza y de la claridad en las posturas, fruto de la claridad en los principios, valores e ideas. Vivimos tiempos de confusiones y debilidades profundas, nada fáciles, pero ello no debe llevarnos a desorientaciones de fondo o a parálisis, pues es mucho lo que está en juego y no podemos ser espectadores del peligro real de malgastar el caudal de civilización acumulado durante siglos. No debemos cerrar los ojos ante el mal, sus amenazas y las causas que lo provocan. Pidamos a Dios que estos acontecimientos sean para nuestra sociedad oportunidad para la lucidez y la concordia.

Es verdad que la experiencia dice que en circunstancias dramáticas, de barbarie y de desastre, sale a la superficie lo peor del ser humano; pero también sale la calidad, lo mejor de las personas, como ha sido realidad manifiesta estos días: así, desde la labor arriesgada de las fuerzas de seguridad y de las autoridades sensibles a la unidad necesaria, hasta los medios de comunicación, pasando por familiares de las víctimas, personal sanitario, taxistas, donantes de sangre, dueños y trabajadores de establecimientos y tantos y tantos ciudadanos anónimos.

A medida que el tiempo va desvelando detalles de la barbarie preparada y ejecutada para matar, también desvela historias ejemplares, incluso heroicas, como quien es capaz de dar su vida para que otro se salve. Pidamos por la erradicación del mal y sus servidores; pero no olvidemos de bendecir a Dios por los servidores del bien, por los héroes, que los hay anónimos o no, que no dejaron de tener la recompensa de los buenos hijos del Padre.

Además de rogar al Señor por cuanto hemos dicho, especialmente en esta Eucaristía, le pedimos por los fallecidos, víctimas de esta tragedia. Y lo hacemos desde nuestra fe cristiana, que consoladoramente nos recuerda que la muerte no es el final del camino, no es la última palabra. Ayer mismo, sábado, en el Oficio de Lectura de la Liturgia de las Horas, nos decía San Paciano, precisamente hijo de la ciudad de Barcelona y Obispo de esa Iglesia en el siglo IV: “Aunque nuestro cuerpo se deshaga, vivimos en Cristo, como él mismo dice: El que cree en mí, aunque haya muerto,

vivirá”. Nuestros hermanos fallecidos en estas dramáticas circunstancias han sido invitados a experimentar, merced a su muerte, el amor y la bondad del Padre, de la que nada nos puede separar, y esto para siempre. Roguemos para que sea así en ellos.

Y hagámoslo con una gran fe. Como la mujer que nos presenta el Evangelio de este domingo y que acabamos de escuchar. Seamos capaces, por gracias, como ella, de gritar al Señor, desde las presentes circunstancias de dolor y de consternación: Ten compasión de nosotros, Señor. Ten compasión. Es precisamente esa confianza lo que a Él le conmueve. Una vez más el Señor, en el Evangelio, nos propone la esencialidad de la confianza en Dios, que nos libra de la angustia de confiar sólo en uno mismo y en los hombres. La fe de aquella mujer convenció a Jesús, y así le dice –tal como acabamos de oír- “Mujer, que grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas”.

Recemos con fe, con total confianza en el Señor, por las víctimas de estos actos de terrorismo en Barcelona y en Cambrils, por la salvación de los fallecidos, la curación de los heridos, el consuelo de las familias; pidamos por intercesión de la Virgen María, cuya imagen nos preside, remedio para nuestra sociedad que vive serias amenazas de dentro y de fuera, para que en ella y en el mundo seamos servidores de la paz y la concordia, cristianos de fe firme, capaces, por gracia, de dar ánimos, de transmitir fuerza, luz y esperanza. Así sea.



✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.

